

Los 68 de Europa. Una introducción

José M. FARALDO
(Investigador Ramón y Cajal, UCM)
jm.faraldo@ghis.ucm.es

El presente dossier parte de una premisa un tanto combativa, incluso “sesentayochista” si se quiere. La impostación mediática de la vida contemporánea impone a la historiografía ritmos de conmemoraciones y aniversarios, si bien nosotros decidimos, a la contra, publicar un dossier de *Cuadernos de Historia Contemporánea* dedicado a 1968 un año *después* del estruendo y la revisión a los cuarenta años de los hechos. Tras la vorágine de publicaciones propiciadas por la conmemoración, puede resultar muy provechoso reflexionar acerca de las novedades y las polémicas. Esta reflexión o diálogo tras la euforia del 2008 se percibe en los artículos que presentamos aquí. Todos ellos participan de una preocupación científica que olvida y deja a un lado modas pasajeras. Todos los artículos, aunque tengan un punto de partida nacional –Francia, Polonia, Italia, Checoslovaquia, Rumania-, se inscriben en un contexto europeo y transnacional, y dos de ellos se enfrentan explícitamente a las dimensiones europeas de la crisis. Nuestra intención ha sido superar la lectura exclusivamente occidental del “Mayo del 68” introduciendo juntos –aunque revueltos sólo en el caso del artículo de Hagen Schulz-Forberg– investigaciones acerca del socialismo real y aspectos más directamente relacionados con el oeste de Europa y el devenir de la izquierda en general. Hemos querido así mostrar la extrema pluralidad de una fecha que encarna distintos –muy distintos- sentidos, dependiendo de si su inserción se da en el este o en el oeste del continente. Lo que resta de esta introducción trata de contextualizar los artículos que presentamos, haciendo hincapié en la experiencia europeo-oriental, pensamos que por el momento menos conocida en España.

El sesenta y ocho occidental

1968, cifra en disputa, ha acabado por convertirse en un código, un signo dotado de muy diversos significados y traducido de muy variadas formas dependiendo de dónde se sitúe su lugar de partida, en relación con la manera en que se emplee el concepto y del uso que se le quiera dar. Las últimas conmemoraciones nos muestran hasta qué punto se ha transformado la visión del momento histórico de 1968. Hasta

no hace todavía tanto tiempo 1968 era para Occidente un símbolo de la revuelta juvenil, de inconformismo y revolución frustrada, y del cambio social alcanzado a raíz de ahí. Un año de nostalgias parisinas y anhelos praguenses, del recuerdo insistente en el *tal cómo éramos* y del cuando *éramos tan jóvenes*.¹ La conmemoración del año 2008, sin embargo, nos ha dejado una imagen de 1968 muy distinta. Ya sea por el relevo generacional, ya por los inevitables cambios en las pautas de mentalidad política, lo cierto es que el periodismo y buena parte de la memorialística han venido a presentar 1968 como el momento en que la sociedad civil de Europa Occidental comenzó a desviarse, en el que las teorías desafortunadas y el dogmatismo activista de un (relativamente) pequeño grupo de hijos de buena familia torció el eje del dorado mundo burgués de los cincuenta y primeros sesenta y lo llevó hasta la catástrofe de la violencia terrorista y la inestabilidad de los setenta.

En muchos de los problemas que hoy día se atraviesan se quiere ver los frutos y herencia del 68: en la degradación de las formas de comportamiento sociales, en la degeneración de la escuela y la universidad como lugares de educación, y hasta en la extensión de las enfermedades sexuales. 1968 se ha convertido en un signo de alarma de presuntos males de una transformación negativa del concepto de modernidad. A la mitificación o la nostalgia de quienes participaron en los acontecimientos y desean recordarlos como uno de los puntos culminantes de su juventud, les ha sucedido una mixtificación condenatoria de quienes ahora desearían movilizar la sociedad en sentido totalmente contrario a los ideales –ciertamente incumplidos– de aquel movimiento ideológico y social.²

Las nuevas investigaciones sociológicas, culturales y en general científicas, en especial en aquellas historiografías que, de alguna manera, han conseguido superar las auto-mitologías proporcionadas por historiadores-actores, parecen coincidir en mostrar la fecha rotunda de 1968 como un *resultado* condensador de cambios previos antes que como un *detonador* de esos mismos cambios.³ Cada vez se hace mayor hincapié en las continuidades existentes entre las sociedades anteriores a la II

¹Para el contexto general y el estado de la cuestión puede verse KLIMKE, Martin, SCHARLOTH, Joachim (eds.) *1968 in Europe. A Handbook on National Perspectives and Transnational Dimensions of the 1960/70s Protest Movements*, Palgrave Macmillan, New York, London, 2008; DAVIS, Belinda (ed.), *Changing the World, Changing the Self. Political Protest and Collective Identities in 1960/70s West Germany and the United States*, New York 2007; KLIMKE, Martin, *The 'Other' Alliance. Global Protest and Student Unrest in West Germany and the U.S., 1962–1972*, Princeton 2008; idem y Jacco PEKELDER and Joachim SCHARLOTH, *Between Prague Spring and French May: Opposition and Revolt in Europe, 1960-80*, edited with, Berghahn Books, New York/Oxford 2009.

²Fabrizio COSSALTER y Maurizio MINICUCI, en este mismo número.

³Véase por ejemplo, y sobre todo, el debate alemán: HODENBERG, Christina von y SIEGFRIED, Detlef (Hrsg.): *Wo „1968“ liegt. Reform und Revolte in der Geschichte der Bundesrepublik*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen 2006. HERZOG, Dagmar, *Sex after Fascism. Memory and Morality in Twentieth-Century Germany*, Princeton University Press, Princeton 2005.

Guerra mundial y las que se crearon a lo largo del período de “reconstrucción”, así como en la propia continuidad a lo largo de lo que Tony Judt, en una expresión que exagera a nuestro juicio la cronología, ha denominado “posguerra”.⁴ El polémico libro de Götz Aly identificando las formas políticas y los objetivos del 68 alemán con la radicalidad nacional-socialista y su herencia, es una buena muestra de la nueva percepción de las continuidades.⁵ En resumen, la fecha de 1968 es para el Oeste europeo, la gráfica expresión de unos cambios socioeconómicos y culturales de largo plazo -interpretación modernizadora- y/o el nexo de unión entra las radicalidades de la década de 1930 y la violenta crisis de la sociedad burguesa de los años 70 -interpretación centrada en lo político-. En cualquier caso, ya se valore positiva o negativamente, 1968 supone claramente para el Oeste de Europa un momento crucial en la honda transformación de la modernidad.

Comparar sesenta y ochos

Examinando los casos concretos en perspectiva, puede decirse que aquellas explosiones de muy diverso signo y contenido, desparramadas a lo largo de una serie de países distintos, no tuvieron más que un denominador común: la búsqueda intuitiva, caótica y a veces desesperada de formas de ampliar los márgenes de libertad existentes. Es justo ese común denominador el que permite comparar los 68 del Este y del Oeste y, a la vez, los de cada bloque entre sí, una empresa que sería de otro modo imposible habida cuenta de la enorme diferencia en objetivos, desarrollos y actores a ambos lados del telón de acero y en el propio interior de los distintos focos de la revuelta.

El ansia generalizada de libertad no fue, sin embargo, el resultado de la victoria de concepciones filosóficas, morales o incluso políticas. Ni los diversos marxismos y anarquismos en el Oeste, ni los revisionismos socialistas o un aún poco generalizado anhelo de liberalismo democrático en el Este fueron detonadores de las sucesivas explosiones. Sólo el convencimiento de que las limitaciones del sistema instaurado en la posguerra habían llegado a su fin y de que ello abría posibilidades para transformar la propia existencia, permitiría que argumentos, hechos o actuaciones muy concretos dieran pie a intentos de alternativas y expresiones, muchas veces callejeras, de los descontentos y las esperanzas.

⁴ KIESSLING, Simon: *Die antiautoritäre Revolte der 68er. Postindustrielle Konsumgesellschaft und säkulare Religionsgeschichte der Moderne*, Böhlau Verlag, Colonia, 2006; SIEGFRIED, Detlef: *Time is on my Side. Konsum und Politik in der westdeutschen Jugendkultur der 60er Jahre*, Wallstein Verlag, Göttingen 2006.

⁵ ALY, Götz, *Unser Kampf. - ein irritierter Blick zurück*, Fischer Verlag, Frankfurt/Main 2008.

Si hemos dicho que el revisionismo reciente del concepto de 1968 en el Oeste ha ido llevando a una valoración negativa de la fecha, el contenido que desde las revoluciones de un terciopelo (algo) manchado de sangre de 1989 se le está dando en el Este de Europa es, por contraste, completamente distinto. 1968, en el Este de Europa, se percibe como el momento definitivo en el que el socialismo evidencia su fracaso. Tanto la primavera de Praga como las turbulencias del marzo polaco son leídas como el acto final de un socialismo de estado que no daba ya más de sí y que por ello estaba destinado al fracaso antes o después, incapaz de sostenerse más si no era a base de la intervención de los tanques soviéticos.⁶

1968 como resultado de 1944/45

Para el bloque del Oeste, la búsqueda de la ampliación de márgenes de libertad que supone 1968 se entiende como la lucha con unas estructuras sociales y culturales caducas, incapaces de conseguir un cambio que se imagina, en definitiva, en el sentido milenarista clásico. De ahí el apoyo en marxismos más o menos renovados, de ahí el nuevo auge del anarquismo, el reverdecer del vocabulario revolucionario, y hasta la recuperación de rituales y métodos “antiguos” de la lucha callejera.

Al otro lado del río Elba, sin embargo, esa misma superestructura cultural de lenguaje y ritualidad formaba parte sustancial del discurso de constitución del propio sistema político y de la propia estructura social. El sistema se había ido alejando cada vez más, incluso discursivamente, del milenarismo revolucionario que aún impregnara los años anteriores a 1953. Poco a poco, los socialismos de estado se habían ido sumergiendo en el lenguaje del conservadurismo ideológico propio de quienes ya han padecido excesivos cataclismos sociales en demasiado poco tiempo, desplazando los discursos de movilización y de cambio hacia el terreno de la construcción nacional y el etnocentrismo. Las dictaduras de modernización que son, en el fondo, los comunismos, dejaron a un lado la discursividad emancipatoria y social y se desplegaron como mecanismos de nacionalización.⁷ La reconstrucción social y socializante de naciones destruidas por la guerra exigía también del uso compactador del cemento nacionalista. Sin embargo, pese a sus reiterados llamamientos a la unidad nacional, los estalinismos de posguerra ejercieron a partir de 1948 una acción abiertamente abrasiva sobre la tradición nacional-liberal que había conformado

⁶ Como meros ejemplos BRACKE, Maud: *Which socialism, whose Détente? West-European communism and the Czechoslovak crisis*, 1968. Central European University Press, Budapest 2007; ZWAHR, Hartmut: *Die erfrorenen Flügel der Schwalbe. DDR und "Prager Frühling"; Tagebuch einer Krise, 1968 - 1970*. Dietz Nachf, Leipzig, 2007.

⁷ Cf. FARALDO, José M.: Introducing Polish identities, en idem. *Europe, Nationalism, Communism. Essays on Poland*, Peter Lang, New York/Frankfurt, 2008.

los estándares de cultura nacional en Centroeuropa desde el siglo XIX, desterrando autores “ideológicamente dudosos” o intentando fomentar una “tradicción socialista y patriótica” propia y específica.

La centralización extremada e insoportable del estalinismo contribuyó sin duda a estabilizar la situación de unos países cuyas estructuras sociales habían sido devastadas hasta grados que resultan a veces difíciles de comprender. Las expulsiones y transferencias de población, pese a toda su intensidad de tragedia humana y de genocidio cultural, habían producido paradójicamente la primera posibilidad histórica, en amplias zonas de Europa Oriental, de construir estados-nación modernos. Sin embargo, la imposibilidad de mantener la épica económica y social del periodo de reconstrucción posbélico era tan evidente, que la muerte de Stalin liberó -aun con cierto retraso- una serie de fuerzas que habría sido imposible contener. Comenzó así un proceso de reformas, muchas veces de corto alcance, denominado al principio “desestalinización”.

Del reformismo al populismo comunista

Los movimientos del 1968 en el Centro y el Este de Europa se encuadran en el marco de los procesos de reforma del socialismo iniciados tras la muerte de Stalin, tensión acelerada en 1956, ralentizada después e incluso en retroceso, pero que en torno a 1965 acabó por cuajar en un modelo de socialismo de estado, podemos decir, maduro. Era un modelo que, pese a todo, se constituía como proyección de futuro. En alguna medida, y a diferencia del estalinismo tardío, los sistemas surgidos a partir de los años sesenta no fueron, como suele pensarse, sistemas estancados sino abiertos.

Los gobiernos de Gomułka en Polonia y de Kádár en Hungría, nacidos de movimientos de quiebra con el estalinismo de signo muy distinto, comenzaron con reformas muy pronto. Gomułka fue incapaz de llevarlas adelante, en tanto que Kádár, impulsado por su pecado original de haber llegado al poder como vencedor en la contienda contra sus propios compatriotas, convirtió las reformas en una especie de plebiscito cotidiano para legitimar su gobierno. En la República Democrática Alemana, Ulbricht, quien tras la quiebra del estalinismo había hecho amagos reformistas, se vio incapaz de mantenerse en el poder y hubo de cederlo a Honecker que, a primera vista, parecía prometer una mejora del sistema. Gheorgiu-Dej, quien había probado alguna reforma, fue sucedido en Rumanía a su muerte en 1965 por Ceaucescu, a quien se veía a la vez como reformador y defensor de la soberanía nacional. 1968 le sirvió al nuevo caudillo para lanzarse de pleno a un nacional-comunismo que, en 1971, con las llamadas Tesis de Julio se transformó en dictadura personal, continuando al mismo tiempo la construcción de un socialismo de esta-

do clásico. En Checoslovaquia, a su vez, la dominancia social y el arraigo del partido comunista habían llevado a retrasar la desestalinización.⁸ La crisis económica evidente en un país de por sí industrializado llevó a una reforma de la economía que a su vez trajo consigo reformismo político.

Todo este proceso reformador produjo, sin embargo, contradicciones. En unos casos, como en Polonia, que empezó como primer país con las reformas, la esclerotización fue muy temprana, de ahí las dos sucesivas explosiones -estudiantes en 1968 y obreros en 1970- que terminaron con Gomułka.⁹ En la República Checoslovaca la explosión fue de otro tipo: liberalización política aplastada por un sector antirreformista del partido en connivencia con la intervención militar. La RDA transformó sus escasas reformas en un proyecto de *nation-building* que, a primera vista, resultaría en buena medida satisfactorio. De la misma forma Rumanía, como muy bien muestra Dragoş Petrescu en este número, optó por sumergir las reformas en una afirmación soberanista que privaba de sentido a la liberalización. Sólo Hungría parecía mantener el mismo camino y avanzar de hecho hacia un modelo propio, escaldadas sus élites como estaban, por la experiencia subversiva de 1956.

La sociedad obrera

Los desenlaces de las sucesivas crisis del año 1968 dan paso a lo que puede llamarse un período "clásico" del socialismo de estado, definido por la presión represiva y por el modelo de consumismo económico, de pacto social con los obreros.¹⁰ La progresiva *obrerización* de las sociedades centroeuropeas llega a su clímax precisamente en estos años en que la generación nacida tras la guerra se hace dominante. Las sociedades del socialismo de estado eran para 1968 y hasta los años ochenta, sociedades obreras, en las que las formas de cultura, la politización social, la relación con el Estado y con los otros miembros de la sociedad se realizaron primariamente a través de la posición ocupada en el mundo del trabajo. Los sistemas socialistas habían conseguido construir, hacia la mitad de los años sesenta, sociedades eminentemente obreras, en las que la fuerza social de importancia era la familia obrera industrial incluida dentro de un círculo de relaciones personales y sociales en torno a la fábrica.¹¹ Los obreros eran por un lado conscientes de su fuerza; por otro,

⁸ Véase Paulina Gulińska-Jurgiel en este número.

⁹ Véase Andrea Genest en este dossier.

¹⁰ HÜBNER, Peter; HÜBNER, Christa. *Sozialismus als soziale Frage: Sozialpolitik in der DDR und Polen 1968-1976*, Böhlau, Colonia, 2008.

¹¹ SCHULTZ, Helga. "La nación tras el diluvio: una perspectiva germano-oriental", *Cuadernos de Historia Contemporánea* 22, 2000, pp. 303-324.

eran conscientes también de su realidad como funcionarios de un Estado que era, y no podía obviarse, el patrón.

De este modo los obreros se convirtieron tanto en el apoyo del sistema (y la escasa participación obrera en los hechos de 1968 en todos estos países lo deja bien claro) como en su mayor reto. Sólo a través de un pacto social con los obreros para ganarse su apoyo o, como mínimo, su neutralidad pudieron construir los líderes comunistas los socialismos de consumo y los estados de bienestar socialista de los años setenta. Renunciando así a la heroización y al milenarismo, produjeron un sistema de cierta estabilidad, debilitado con el tiempo, sin embargo, por la falta de una base económica flexible y que pudiera consolidarse en épocas de retroceso económico mundial y tensión política internacional. Aún así, en todos estos países, la memoria colectiva ha guardado el recuerdo de los años setenta como una época dorada.¹²

El factor nacional

Ya hemos comentado antes cómo el sistema se había ido alejando cada vez más del milenarismo revolucionario que aún impregnara los años anteriores a 1953. El modelo de referencia seguía siendo el soviético, la autoridad del hermano mayor era seguida pautada y conscientemente por unos gobernantes que, socializados en el movimiento político producido por el triunfo de la revolución rusa, sabían también de sobra que debían el acceso al poder al triunfo soviético en la guerra mundial. Sin embargo, a partir de la desestalinización y con muchos problemas, los líderes comunistas fueron desarrollando una política de construcción nacional, apoyada en una nueva estandarización del corpus cultural de cada nación en juego, que se sustentaba en el arriba mencionado pacto con los obreros. La nación se convirtió también para los líderes comunistas en el valor supremo. Una nación aparentemente situada dentro de los presupuestos culturales del movimiento comunista, pero en realidad comprendida y diseñada como si se encontrara inscrita en el corazón mismo del integrismo nacional del siglo XIX.

¿Por qué razón entonces son los hechos de 1968 tan importantes para la escritura de la historia y la memoria colectiva? Creemos que por sus consecuencias inmediatas, que llegan hasta hoy. Si en Occidente 1968 sirvió de alguna manera para sellar los cambios democráticos producidos por la modernización de posguerra, en el Este sirvieron para convertir el sistema aún heroico del pos-estalinismo en un nuevo modelo de vida y sociedad, que aunaba satisfacciones económicas con control político.

¹² Un ejemplo muy claro para la URSS es Svetlana BOYM. *Common Places: Mythologies of Everyday Life in Russia*, Harvard University Press, 1994.

Nunca sabremos si este modelo pudo haber sido de larga duración, puesto que la nueva fase de la guerra fría en lo político y las exigencias de la globalización acabaron con él. ¿Hubiera sido capaz el socialismo de estado europeo, de no mediar la crisis económica extendida de los años 70 y la acción neoimperialista de los Estados Unidos bajo Reagan, de desarrollar una nueva fase de crecimiento y liberalización económica manteniendo la estructura política dictatorial? Si Gorbachov no hubiera abierto la caja de Pandora de las libertades políticas, ¿se hubiera dirigido Centroeuropa hacia el único modelo de socialismo de estado que se ha mantenido con éxito? es decir, ¿se hubieran transformado hacia un modelo chino de dictadura comunista en lo político, pero turbocapitalista en lo económico?

El largo 1968

Como tan bien señalan Cossalter y Minicucci en su artículo en este dossier, el ciclo de protesta que comienza con 1968 –en realidad hay quien señala las movilizaciones y huelgas españolas de los sesenta como la primera ola del movimiento-¹³ continúa hasta mucho más tarde, hasta la superación de la crisis de los años 70. Ello es cierto para buena parte de los países occidentales, pero no tanto para el bloque del Este. El 68 en Checoslovaquia, en Polonia, en Rumanía selló la ruptura con el pasado, abriendo la era de un socialismo aparentemente estable y aparentemente estancado. Las protestas obreras de la década de 1970 en Polonia, el (limitado) crecimiento de los disidentes en todos estos países tuvieron que ver con toda seguridad más que con ningún otro factor con la reestructuración de unas dictaduras que, pese a censuras y represiones, eran ya sociedades industrializadas y *modernas*. Y sin embargo, del mismo modo que en Italia, Francia y la RDA, la experiencia de 1968 abriría el paso en esas mismas sociedades a una cultura de la protesta, de manera que el léxico, los rituales, los traumas que brotaron en el centro de Europa a consecuencia de los “marzos” polacos y las “primaveras” bohemias quedaron incorporados a las culturas de resistencia. La memoria de 1968, como bien cuenta Andrea Genest en su artículo, tuvo un papel importante, al menos para algunas de las élites, y de algunas formas.

Los sesenta y ocho de Europa no fueron, pues, europeos en el sentido global europeo que hoy tendemos a darle a la palabra.¹⁴ Las condiciones y circunstancias en el Este y el Oeste eran muy distintas, las necesidades sociales también. Sin embargo, como muestran todos los artículos presentados en este dossier, hubo una parte

¹³ GEHRKE, Bernd; HORN, Gerd-Rainer (eds.) *1968 und die Arbeiter: Studien zum "proletarischen Mai" in Europa*, VSA, Hamburg, 2007.

¹⁴ Cf. Hagen Schulz-Forberg en este dossier.

en las culturas de protesta que sí se comunicaron a un lado y otro del telón de acero, fragmentos de experiencias particulares que preñaron las experiencias ajenas. Y análoga fue también -y esto es clave- la importancia de la política simbólica del fenómeno: los sesenta y ocho cerraron definitivamente la posguerra y abrieron una nueva época en ambas Europas.

Dossier recibido: 10/18 mayo de 2009

Dossier aceptado: 23 junio de 2009